

ACTO TERCERO.

El tocador de Cecilia. Pieza alhajada con sumo gusto y coquetería, y en la cual dominan los colores blanco y rosa. La tapicería de todos los muebles y de las colgaduras debe ser igual. Sofá, butacas pequeñas, sillas; tocador, lavabo. En el tocador, cofrecitos y tazas de cristal, porcelana y bronce dorado, con las joyas de Cecilia. Dos jardineras. Alfombra clara. Una mesa: á su lado encima de una silla, un canastillo con un almohadon de tapicería igual á la de los muebles y otras labores empezadas. Á la derecha una ventana grande en primer término: en el segundo una chimenea de mármol blanco, y sobre ella, objetos de arte. Puerta en el foro y otra á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

PEÑALVER y EL LACAYO.

Ambos salen por la puerta del foro: Peñalver taciturno y pensativo, con el sombrero puesto, y un látigo en la mano: el lacayo trae una cartera y algunos legajos.

EL LACAYO. ¿Le ha sentado á usted bien el paseo á caballo?

PEÑALVER. Si, bien. (Dejando el látigo encima de la mesa.) Pon eso ahí. (El lacayo deja la cartera y los papeles encima de la mesa tambien.) Me vengo á esta pieza para estar solo: no has de permitir que entre nadie mas que el señor Vidal y el señor Chinchilla, si viene.

EL LACAYO. Descuide usted, señor.

PEÑALVER. El señor Chinchilla, ¿no ha venido aun?
 EL LACAYO. No, señor.
 PEÑALVER. ¿Ni se ha recibido carta ni aviso ninguno de Illescas?
 EL LACAYO. Ninguno.
 PEÑALVER. ¿Hiciste lo que te mandé?
 EL LACAYO. Sí, señor.
 PEÑALVER. ¿Dónde viven?
 EL LACAYO. En la calle de la Palma alta, número sesenta y cinco.

PEÑALVER. Y... ¿y el señorito Ricardo?
 EL LACAYO. Ha sentado plaza.

PEÑALVER. No olvides lo que te tengo dicho. Hasta nueva orden, la señora y los señoritos están viajando, para todo el mundo... sin excepción. Cuidado. Vá en ello tu suerte. (Despide con un ademán al lacayo, que se retira por la puerta del foro.)

ESCENA II.

PEÑALVER.

Aquí me parece que respiro mejor... Todo aquí me recuerda á Cecilia... Todo está aun como ella lo dejó... La costumbre de verlos todos los días... La costumbre es déspota que nos subyuga. Ea, ea: vamos á trabajar. (Se sienta junto á la mesa y abre la cartera. Breve pausa.) Me preocupan tantas cosas. La eleccion... la eleccion sobre todo. (Como queriendo engañarse á sí mismo.) Ayer debió quedar terminada, y á estas horas aun no tengo noticia del resultado. La calma de Chinchilla es realmente inexplicable. ¿Por qué no estará ya en Madrid? ¿Por qué no me habrá enviado, á lo menos, algun aviso? ¿Sabrá lo que ha pasado aquí? Luego la entrevista que voy á tener con Vidal es otro motivo de disgusto. El tono de su carta, me dá á entender que á la entrevista puede seguirse un duelo, y yo no quisiera reñir con ese jóven. Sin embargo, si manifiesta un empeño muy decidido... Á todo evento ya hablé anoche con Valdés y Ramirez y están á mi disposicion. (Breve pausa.) ¡Enriqueta habrá llorado mucho estos días!... Con

su imaginación arrebatada y su exquisita sensibilidad... ¿Qué afán de que habia de casarme con ella!... El matrimonio es una institucion mitológica, ya muy desacreditada, y que al fin desaparecerá como tantas otras. Oh, América, tú si que vuelas desembarazada y libre por el camino de la civilización, desdeñando la rutina europea. ¡Los mormones son la vanguardia del progreso!

ESCENA III.

PEÑALVER y EL LACAYO.

Sale por la puerta del foro con un envoltorio de papel en la mano.

EL LACAYO. Señor.

PEÑALVER. ¿Qué hay? ¿Qué quieres? ¿No sabes que estoy trabajando?

EL LACAYO. El portero ha subido esto. Se lo acaba de dar una señora que traía la cara cubierta con un velo muy tupido.

PEÑALVER. Déjalo ahí encima de la mesa.

EL LACAYO. Es que la señora marquesa de Rio Janeiro, sabedora de que está usted solo, ha bajado, y se empeña en entrar. (Poniendo el envoltorio de papel encima de la mesa.)

PEÑALVER. ¡Ah, la marquesa! ¿Y por qué la detienes?

EL LACAYO. Como usted habia dicho que solamente el señor Vidal y el señor Chinchilla...

PEÑALVER. Ya, pero... Que entre... (El Lacayo se vá.) ¡Entrar aquí! ¡En el cuarto de mi hija!... Oye... Espera... ¡Juan! ¡Juan! (El lacayo se presenta de nuevo en la puerta del foro.) Que pase á mi despacho.

EL LACAYO. Está bien, señor. (Se retira.)

PEÑALVER. ¡Es tan hermosa y tan jovial! Me distraeré un poco hablando con ella. ¿Qué habrá aquí? (Desenvuelve el papel que ha traído el lacayo y saca de él un ramito de violetas.) ¡Oh, hija mia! (Besando el ramo enternecido.) ¡Juan! ¡Juan! (Corriendo hácia la puerta del foro y llamando al lacayo, que vuelve á salir.)

EL LACAYO. Señor.

PEÑALVER. Dí á la marquesa que estoy muy ocupado... Que me dispense... Que no la puedo recibir.

BIBLIOTECA ALFONSO X

EL LACAYO. Bien, señor. Pero ¿y si la señora marquesa aun así quiere entrar?

PEÑALVER. Entonces le dices que yo no la quiero recibir. ¿Oyes? Cuidado con que me entre aquí esa... la señora marquesa. (Reprimiéndose.) ¿Á qué aguardas? Vete. (Váse el lacayo.)

ESCENA IV.

PEÑALVER.

Vuelve al lado de la mesa, coge el ramo y lo contempla en silencio.

¡Pobre Cecilia!... (Deja el ramo y recorre el escenario deteniéndose conmovido delante de los muebles que indica el diálogo.) En esta butaca se sentaba siempre á coser... Ha dejado empezadas algunas labores... (Cogiendo el almohadon que hay en el canastillo.) La tela de todos estos muebles está bordada por sus manos. ¡Tiene tanta habilidad!... ¡Es tan hacendosa!... Lo mismo, lo mismo que su madre. Sus jardineras. ¡Qué pasión por las flores! ¿No ha de querer á sus hermanas?... Sus joyas... (Parándose delante del velador y examinando los vasos en que estan las joyas.) ¡Oh!... ¡No se ha llevado nada! Pues estas joyas, por lo menos... Si: se las enviaré para corresponder á su fineza. (Reune todas las joyas en un cofrecito que pone encima de la mesa.) No sabia yo qué echaba de menos estos dias, y era el ramito de violetas que mi hija me daba todas las mañanas!... Pues, lo que antes decia... la costumbre... (Coge otra vez el ramo, se queda mirándolo y luego lo besa.) ¿Qué es esto? (Llevándose la mano á los ojos y limpiándose una lágrima.) Hacia tanto aire esta mañana, que se me habrán irritado un poco los ojos.

ESCENA V.

PEÑALVER y CHINCHILLA.

CHINCHILLA. Pero ¿dónde está? ¿Dónde se ha metido? (Dentro.)

PEÑALVER. Chinchilla. (Procurando recobrar su serenidad.)

CHINCHILLA. ¡Victoria! ¡Victoria! (Saliendo por la puerta del foro.)

¡Ven acá, padre de la patria, abraza á tu nieto! (Abrazándole con violencia.)

PEÑALVER. ¿De veras? ¿Soy diputado? (Procurando desasirse de los brazos de Chinchilla.)

CHINCHILLA. Por una inmensa mayoría. El candidato ministerial queda allá diciendo pestes del ministerio.

PEÑALVER. ¿Con que soy diputado? Francamente, me alegro en el alma. Gracias por tus buenos oficios, Chinchilla.

CHINCHILLA. Dáte las gracias á tí mismo. Tu generosa resolucion, el casamiento de Vidal con tu hija es lo que nos ha hecho triunfar. Recorri el distrito para divulgar la noticia. ¡Un millonario que dá su hija á un hombre de bien á secas! ¡Esto seduce y entusiasma á todo el mundo! Pero ¿dónde estan? ¿Y tu mujer, y Cecilia y Fernando? Quiero abrazarlos á los tres. Venga mi recompensa: la exijo.

PEÑALVER. Para alcanzar esa recompensa habrás de esperar un poco, amigo mio. Mi mujer y mi hija han salido de Madrid. Ya te contaré... Por lo que hace á Fernando...

ESCENA VI.

DICHOS y EL LACAYO.

EL LACAYO. El señor Vidal está ahí. (Desde la puerta del foro.)

CHINCHILLA. Ah, el buen Fernandillo... (Con alegría, queriendo dirigirse hácia la puerta de la izquierda.)

PEÑALVER. No: oye. (Deteniéndole y llevándosele aparte, como para que no se entere el lacayo de lo que le dice.) En dos palabras: Vidal ha sabido la calumnia inventada por mi adversario en esta eleccion, y le ha dado crédito. Seria inútil ocultártelo: ahora vamos á tener una explicacion. Entra ahí. (Señalando la puerta de la izquierda.) Nos separará únicamente esa *portière*, y te autorizo para que oigas lo que hablamos Vidal y yo. Así podrás juzgar de mi templanza y buen deseo en este malhadado asunto, y, á ser preciso, ayudarme en la tarea de apaciguar á ese muchacho.

CHINCHILLA. ¡Pero, hombre, es posible!... ¡En tan pocos dias!... ¡Me dejas atónito!

PEÑALVER. Entra. Vidal está esperando.

BIBLIOTECA ALFONSIANA

CHINCHILLA. ¡Válgame Dios! ¡Yo que venía reventando de gozo!...

PEÑALVER. Entra.

CHINCHILLA. Si lo que en este mundo sucede... (Váse por la puerta de la izquierda.)

PEÑALVER. Que pase adelante. (Al lacayo, que se vá.) Por fuerza lo habia de saber. Tomarle por confidente era el mejor medio de tenerle por aliado.

ESCENA VII.

PEÑALVER y FERNANDO

Salúdanse los dos y luego Peñalver se acerca á Fernando y le habla con desenfado gracioso y cortés.

PEÑALVER. Ahora mas que nunca, señor Vidal, deploro el error que nos hace enemigos. En otro caso, le hubiera recibido á usted con los brazos abiertos, porque en este momento acabo de saber el feliz resultado de mi eleccion para diputado á Córtes. (Toma de encima de la mesa el ramo de violetas y juega con él.) Por esta dichosa circunstancia, fuera de otras razones ya muy sabidas, me encuentra usted animado de un espíritu de conciliacion que espero sea contagioso; persuadido, por otra parte, de que usted habrá modificado su juicio en estos dias de tranquila meditacion, y vendrá dispuesto á ser conmigo menos injusto.

FERNANDO. En estos dias de tranquila meditacion, se han modificado mis intenciones, pero no mi treencia de que en el infortunio de mi padre hubo una víctima y un culpado.

PEÑALVER. Se engaña usted. (Con enojo, que reprime en seguida.)

FERNANDO. Eran mis intenciones exigir de usted la rehabilitacion del nombre de mi padre, y si de usted no la alcanzaba, pedírsela inmediatamente á la ley. Esto queria: hoy ya quiero otra cosa.

PEÑALVER. ¿Á la ley? ¿Habla usted con formalidad? ¿Ha podido usted creer, ni por un solo instante, que haya ley, que haya tribunal en el mundo capaz de autorizar pretensiones tan infundadas y ridículas?

FERNANDO. ¿Quién sabe? Pero ya dije que he cambiado de parecer. Para darle á usted ese golpe era preciso

lastimar al mismo tiempo dos corazones inocentes; era preciso ahogar en mi pecho sentimientos que todavía me son muy caros, por mas que no los aliena la esperanza. El cumplimiento de tan riguroso deber, pedia un valor que en mí no se halla. He resuelto marcharme, vivir y morir lejos de España, lejos de Europa, y dejarle á usted gozar en paz de su riqueza y su alegria. Solo pongo una condicion.

PEÑALVER. ¿Una condicion? Tengo hecho voto de paciencia. Acabe usted. (Pasando por delante de Fernando.)

FERNANDO. Renuncio á defender la memoria de mi padre, pero con el objeto de hacer por ella una buena accion. (Acceándose mucho á Peñalver y bajando la voz.) Lo que únicamente le pido, es que vuelvan aquí los míseros á quienes ha echado usted á la calle; que les asegure usted los derechos y la ventura que merecen.

PEÑALVER. ¡Caballero! (Turbado, indeciso, y mirando con inquietud hacia la colgadura detrás de la cual se supone estar oculto Chinchilla.) (¿Qué puede saber?)

FERNANDO. No acuse usted á nadie. No doy este paso por encargo de nadie, sino de propia voluntad. La circunstancia de habitar yo en esta misma casa, el interés que me inspira todo lo que tiene relacion con esas señoras... Las ví salir de aquí... ví que salian llorando... Pregunté... indagué... Ayer al fin dí con su paradero... ¡Aquella inmensa angustia... aquella profunda desesperacion!... Alguna palabra que se le escapó á la madre de Cecilia... No sé qué misteriosa voz de mi alma... ¡Todo lo adiviné! Pues bien jure usted por su honor... Creo en su honor de usted... Jure usted cumplir el acto de justicia que le pido, y por mi honor juro yo partir hoy mismo para siempre.

PEÑALVER. Caballero; al entrometarse en mi vida privada, abusa usted de su derecho y mi paciencia. (Con ira febril.) Ruego á usted que se calle y que salga de aquí.

FERNANDO. Pero usted que habla de paciencia, no se habrá llegado á imaginar que la mia no tiene límites. (Poseído de indignacion y coraje.) Este secreto que nadie me ha confiado, mio es, me pertenece. Y si yo lo publico ¿no teme usted que el mundo juzgue por este solo hecho su vida entera? No teme usted que viéndole

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

hollar todos los deberes, toda ley humana y divina... (Chinchilla sale de detrás de la colgadura y escucha sin ser visto, dando señales de asombro y de indignación.)

PEÑALVER. ¡Ah! ¡Mire usted lo que dice! (Ciego de cólera, arrojando al suelo violentamente el ramo de violetas.)

FERNANDO. Viéndole condenar á la madre de sus hijos, y á sus hijos también, á eterno dolor y eterno oprobio, ¿no teme usted que el mundo conozca al fin el egoísmo, la corrupción, el fango y la hiel que en ese corazón se esconde, y le rechace al fin de su seno con tedio y horror.

PEÑALVER. Silencio ó ¡ay de usted! (Cogiendo el látigo y amenazándole con él.)

ESCENA VIII.

DICHOS y CHINCHILLA.

CHINCHILLA. ¡Ay de tí! (Lanzándose á Peñalver y quitándole el látigo, que arroja al suelo. Pausa durante la cual Chinchilla manifestara su estupor.) Una sola palabra. ¿Es verdad? (Peñalver vuelve á otro lado la cabeza.) ¡Sí; verdad es! ¡Y yo te he servido de cómplice! (Haciendo un ademán de amenaza.) No quiero olvidar todavía que he comido tu pan, aunque el favor me sale bastante caro. Sí: ya te conozco: sí: ya sé quién eres. Bien claramente me lo diste á entender el día que tuve la desgracia de que te propusieras hacerme dichoso: no puedo negarlo, pero supuse entonces que hablabas de broma: no te creí, no te comprendí bien. Ahora ya lo comprendo todo. Si: tú eres uno de esos hombres fuertes de que hoy está plagado el mundo, para quienes cuanto existe debajo del sol es superstición, fobada, niñería, excepto su propia conveniencia y su propio interés. Honor, justicia, conciencia, Dios... ¿qué significa todo eso? ¡Todo eso no es mas que vana palabrería, sandeces del vulgo, cuentos de vieja! En no pudiendo caer sobre uno el código penal, en no pudiendo meterse con uno la policía, bien hecho está cuanto se haga. Los débiles avanzan penosamente en el áspero camino de la vida, detenidos á cada paso por algun escrúpulo, por algun respeto, por al-

gun movimiento del corazón ó la conciencia: pasan los fuertes entonces, aplastan al que se detiene, y llegan rápidamente al fin. Humedécense al débil los ojos, y apágase el fuego de sus pasiones mas violentas ó depravadas al solo recuerdo de sus madres, de sus mujeres ó sus hijos: el fuerte iría á sus negocios, por encima de la existencia de sus padres, por encima del honor de sus hijas. Suena un grito, flote en los aires un giron de tela encarnada y amarilla, y los débiles con el alma desalada correrán á morir por su patria ó su fé: los fuertes entre tanto especularán con el riesgo público y jugarán á la alza ó la baja con la suerte de la nación. ¡Ese es el hombre fuerte! ¡Ese eres tú! Sé feliz á tu modo. Lo que es yo antes que comprar á tal precio las alegrías y las glorias del mundo, quiero morirme de hambre, en mitad del arroyo, clavando la mirada en el cielo, con un poco de fé y esperanza en el corazón.

PEÑALVER. Sin duda habrás previsto, amigo Chinchilla, las consecuencias que podia tener el espetarme ese discurso. (Con frialdad, sentándose á la izquierda.)

CHINCHILLA. Las he previsto y exijo que al punto se realicen. Los que te acaban de elegir, sabrán que les he robado indignamente sus votos, y quiero que sepan á la vez que he sido tu juguete, mas no tu cómplice. Cuando gustes. Señor Vidal, será usted mi padrino.

FERNANDO. Conozco toda la generosidad que se oculta en su proceder de usted: no puedo aceptarla. Me ha amenazado usted con un látigo. (Dirigiéndose á Peñalver.) Es preciso que me dé usted satisfaccion de tan odiosa y vil injuria.

PEÑALVER. Vamos, señores, traten ustedes de ponerse de acuerdo.

CHINCHILLA. Fernando, deje usted que riña yo antes. ¡Se lo pido á usted en nombre de Cecilia!

FERNANDO. ¿Quiere usted por ventura que yo me deshonne?

CHINCHILLA. ¡Qué fatalidad! (Con acento de desesperacion y cubriéndose el rostro con las manos.)

PEÑALVER. Pronto, ¿eh? Pronto. (Levantándose y acercándose á Fernando.)

FERNANDO. Dos amigos que me esperan abajo, serán mis padrinos. Á todo estaba preparado.

BIBLIOTECA ALFONSIANA

PEÑALVER. Dentro de diez minutos me encontrará usted con los míos en casa de Valdés.

FERNANDO. Allí estaremos dentro de diez minutos. (Váse por la puerta del foro.)

ESCENA IX.

PEÑALVER, CHINCHILLA y EL LACAYO.

Breves instantes de silencio: despues Peñalver tira fuertemente del cordon de una campanilla.

PEÑALVER. El coche. (Al lacayo, que se presenta á la puerta del foro, y en seguida se vá. Peñalver se pone el sombrero.)

CHINCHILLA. ¿Eso quieres hacer? (Acercándose á él con rapidez y asiéndole fuertemente por ambos brazos.) ¿Antes el padre... y ahora el hijo? (Clavando sus ojos en los de Peñalver.) ¿Pero tan indudable es para tí que no hay Dios? ¡Mira, insensato, que le hay!

PEÑALVER. Vamos á verlo. (Dirigese hácia la puerta del foro, poniéndose los guantes. Chinchilla dá un grito y cae en un sillón con terror y como desfallecido.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion que en el tercero.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1940. 1625 MONTERREY, MEXICO

ESCENA PRIMERA.

CECILIA y EL LACAYO.

CECILIA. ¿Con que ha salido? (Levantándose el velo del sombrero.)

EL LACAYO. Sí, señorita Cecilia.

CECILIA. ¿Y tardará mucho en volver?

EL LACAYO. Lo ignoro.

CECILIA. Bien, le esperaré.

EL LACAYO. Ahí está ya. (Yendo hácia la puerta del foro.)

CECILIA. Me sentia tan animada, y ahora... (Quédase acobardada á la izquierda, cerca del proscenio.)

ESCENA II.

DICHOS y PEÑALVER.

Peñalver sale bruscamente por la puerta del foro, muy pálido y abatido, con el sombrero puesto.

EL LACAYO. Señor...

PEÑALVER. Ni una palabra. Déjame. (Rápidamente, con tono imperioso. El lacayo baja la cabeza y se vá por la puerta del foro.)